

Ella era bastante organizada para esa cuestión



Que solía tenerlo siempre, no porque en casa hubiese mucho sino porque ella era bastante organizada para esa cuestión y, además, como mi padre trabajaba en el banco y su sueldo era siempre el mismo —incluidas las horas extraordinarias, que él hacía siempre las mismas y eran todas las que le permitían—, era sencillo llevar un control a menos que hubiese que llamar por alguna avería al electricista o al fontanero. Para ella misma ya lo tenía en cuenta e iba apartando de a pocositos para esos casos y ese dinero reservado, lo colocaba debajo de una estampa que tenía en una caja de cigarrillos ingleses de color verde que ponía 'The Greys'. Es decir: encima de la estampa el dinero de gastar a diario, y debajo de la estampa el ahorro.

Cuando se veía obligada a levantar la estampa más de lo deseado (con más frecuencia de lo deseado, quiero decir) de día fijado —mirando compungida a aquella virgen o santa que volaba a posar con frecuencia antes de bajar la tapa—, qué mala sombra.

aunque no tanto para otras, como por ejemplo cómo distribuir los armarios.

Mi madre no sabía cómo organizar un armario ni distribuir con buen sentido las cosas en él.

También es verdad que teníamos pocos. Dos armarios nada grandes para los tres, más las sábanas y las toallas y todas las cosas que se necesitan en una casa. Claro que, como tampoco de todo eso teníamos mucho, las cosas cabían o, si no, mi madre las hacía caber con un criterio rígido que terminaba por resistírsele.

De vez en cuando, cuando ibas a buscar un jersey, te decía ten cuidado, que he ordenado el armario, no lo descoloques, pero tú encontrabas los jersey tan mezclados con las sábanas y las toallas como el día anterior.

Eso sí: todo muy bien aplanadito. A cada cosa que iba poniendo le pasaba la mano por encima para alisarlo; y ella a eso le llamaba orden, sin que yo me resolviera jamás a decirle que se podía haber ahorrado el trabajo. Ponía tanta dedicación, tan buena voluntad en lo que hacía, que en cualesquiera de los órdenes de la vida, ante no importa qué acto o gesto, a mi me hubiese parecido hiriente, ofensivo, soltarle tal o cual cosa que has hecho es una tontería, o no está bien hecha o, sencillamente, no me gusta como sucedía, con frecuencia, con mis vestidos.

He afirmado que teníamos poca ropa, pero no es muy cierto porque ella y yo sí que teníamos bastantes vestidos porque, siendo yo aun muy pequeña, ella tenía una amiga modista, muy buena modista con clientas caras y exigentes, a la que ayudaban en el taller todas sus hermanas y cuñadas y también mi madre.

Colaboraban todas de buen grado yo creo que más que nada porque se lo pasaban bien; se juntaban allí a chismorrear por la mañana y por la tarde, de vuelta del mercado, a lo mejor, y se ponían de palique y anda, dame si quieres que eche un hilván o pase unos hilos.

Mi madre y yo íbamos ex profeso, en verano, porque así de paso mi madre aprendía y, además, Polo era una verdadera artista combinando pequeños trozos sobrados de aquí y de allá y, mira, decía, con este retal que me ha sobrado de la Ayesa y este otro de la Rebolledo, tenemos para tu niña

Ella era bastante organizada para esa cuestión

colocando y juntando y pegando así y asá...Pero siempre muy bien: seda con seda, piqué con piqué, batista con batista.

A veces era mi madre quien lo decía, cuando alguna tela le gustaba, que si no podría “esta tela, tan bonita que es, para la niña...”; y Polo sabía un poco del vestido de “La torera” – una clienta que le gustaban los toros – y, con otros dos o tres poquitos de aquí y de allá, iba yo luego a la feria de Manzanares levantando admiración por donde pasaba.

Pero Polo murió cuando yo tenía catorce años, y los retales que compraba mi madre ni eran tan bonitos como los de aquellas clientas ricas ni ella los combinaba tan bien.

A un vestido marrón que me hizo con unas franjas blancas no lo podía ni ver; pero me lo ponía porque me sentía del todo incapaz de decirle que algo que ella había hecho con su ilusión y con su esfuerzo a mí no me gustaba.

Hasta bastantes años después no salió a relucir el malísimo resultado que iba a dar el ser tan considerada, el andar constantemente cuidando de no herir a los demás.